

## CAPÍTULO VI.

DONDE SE REFIERE LA VARIEDAD DE LOS  
JUICIOS HUMANOS, Y SE CONFIRMA CON EL EJEMPLO DE NUESTRO  
FAMOSO PREDICADOR SABATINO, QUE NO HAY FATUIDAD  
QUE NO TENGA SUS PROTECTORES.

Así se despidió el bellacon del capitán del bueno de Fray Gerundio, habiendo echado un jarro de agua á todas las complacencias con que se hallaba el santo varón por los vitores y aplausos de la iglesia, y dejándole triste, desconsolado y pensativo. Pero como en esta vida ni los gustos ni los disgustos son muy duraderos, el que le causó la satirilla viva y desenfadada del señor oficial, le duró poco; porque apenas subió de la sacristía á la celda, cuando se entró en ella toda la mosquetería del convento; es decir, la gazapiña de colegiales, coristas, legos y gente moza. Como este por lo comun es uno de los vulgos más atolondrados del mundo, y por lo mismo uno de los más perjudiciales, no es ponderable el porrazo que dió á casi todos la tal plática; porque no distinguiendo de colores, y gobernándolo solo por el boato y por el sonsonete, á los más les pareció un milagro del ingenio.

2. Entraron pues de tropel en la celda de Fray Gerundio, con tal zambra, gresca y algazara, que

parecia venirse á tierra el convento, y como todos habian sido sus condiscipulos, siendo con corta diferencia de una misma edad, aunque él ya era sacerdote y predicador, no acertaban á mirarle con respeto, con que dejaron correr las expresiones de su gozo con toda la libertad de una familiarísima llaneza. Unos le abrazaban, otros le vitoreaban, estos le hablaban por un lado, aquellos por el otro, algunos le tiraban por el hábito y por las mangas para que les contestase, no faltaron otros que le levantaban en el aire, aclamándole ya por el mayor predicador que tenia la órden; tanto, que uno que era segundo vicario de Coro, exclamó con voz gruesa y corpulenta: *Hasta ahora creia yo, que en el mundo no habia otro Fray Blas; pero bien puede aprender otro oficio, porque todo cuanto predica, aunque tan exquisito, tan conceptuoso y tan raro, es pazofia respecto de lo que hoy hemos oido á Fray Gerundio.* A un lego anciano, sencillo y bondadoso, que habia sido refilitero más de cuarenta años, y le estaba mirando de hito en hito, se le caian las lágrimas de puro gozo y ternura. El despensero le dijo, que tenia á su disposicion todo el vino de la dispensa, porque á quién tanto honraba el santo hábito, era razon que todo se le franquease: el cocinero se le ofreció muy de veras á su servicio; y hasta el procurador, que no suele ser gente muy bizarra, le regaló desde luego *in voce* con dos barriles de sardinas escavechadas, y esto sin perjuicio de regalarle con otros dos de otras, cuando las tuviese, en prendas de su amor y complacencia.

3. Déjase á la consideracion del pio y curioso lector cuanta seria la de nuestro Fray Gerundio al oirse

alabar con tantas aclamaciones, por cuanto no era hombre insensible á sus aplausos, ni tampoco era de parecer como el otro orador afilosophado, que el grito de la muchedumbre inducia fuertes sospechas de grandes desaciertos.

4. Pero véis aquí, que cuando la gente del chilindron estaba en lo mejor de su trisca, y el bendito Fray Gerundio más engolfado en sus glorias, entraron en su celda el prelado, el maestro Fray Prudencio, y los demás padres graves á darle la que llaman la acenoria; esto es, la enhorabuena de la funcion, como loablemente se estila en todas las religiones. Al punto cesó la algazara de los mozos, y cada cual se compuso lo mejor que pudo, metiendo las manos debajo del escapulario, y arrimándose hácia las paredes con los ojos bajos y con reverente silencio. El prelado se contentó con decirle; que descansase, y habiéndose detenido un breve rato, sin hablar más palabra, se retiró luego: de los demás maestros, unos solo hicieron el ademan de bajar un poco la cabeza, marmullando entre dientes una especie de enhorabuena estrujada, que no se entendia; otros se la dieron con palabras claras, pero tan equívocas, que algun malicioso podia interpretarlas con poca benignidad, como el que le dijo: *Fray Gerundio; ¡cosa grande! por el término no la he oído mayor, ni espero oirla igual, sino que sea á tí.* Dos ó tres de ellos, que eran algo encogidos y un si es no taciturnos, solamente le dijeron: *Dios te lo pague, Fray Gerundio, que lo has trabajado mucho;* y el bueno del frailecito quedó muy solazado, pareciéndole que era lo mismo trabajarle mucho, que trabajarle bien.

5. A todo esto callaba el maestro Prudencio, sin hacer más que mirarle de cuando en cuando con unos ojos entre compasivos y severos: mas luego que se retiraron los otros padres maestros, viendo que los colegiales amagaban hacer lo mismo, los dijo: esténse quietos, que ahora tengo yo que platicar á nuestro padre platicante, y mi plática tambien puede ser provechosa para ellos. Sentóse en una silla, hizo á Fray Gerundio que se sentase en otra, y volviéndose hácia él, le habló de esta manera.

6. «Fray Gerundio, ¿has perdido el juicio? ¿Estabas en él cuando compusiste una sarta de tanto disparate, y cuando tuviste valor para predicarla? «¿Es esto lo que me ofreciste al despedirte de mí en «la Granja, diciéndome, que perdiese cuidado, que «por esta vez pensabas que habias de acertar á dar- «me gusto? Pues qué ¿piensas que podia yo gustar «del mayor tejido de locuras y de despropósitos que «he oído en los dias de mi vida, sino que le exceda «ó le compita la desatinada salutacion del sermon «de Santa Ana? ¡Y esto en una funcion de suyo tan «séria, tan tierna, tan dolorosa, en que todo debie- «ra respirar compuncion, lágrimas, gemidos y peni- «tencia! Estoy por decir, que cuando no se hubiera «cometido otro pecado, que el de tu plática, él solo «merecia que nos castigase Dios con el terrible azote «de la sequedad y de la esterilidad que padecemos. «Pero no me atrevo á decir tanto, porque conozco, «que no pecas de malicia, sino de ignorancia ó de «inocencia.

7. «Ven acá, hombre, tu plática se ha reducido «á otra cosa, que á atestarnos los oídos de fábulas

«ridículas, insulsas é impertinentes, verificándose  
«á la letra lo que ya dijo en profecía el Apóstol por  
«tí y por otros predicadores como tú, que huirían  
«de la verdad, y convertirían toda su atención á las  
«fábulas, trascendiendo este depravado gusto á los  
«oyentes: *¿A veritate quidem auditum avertent, ad  
«fábulas autem convertentur?* ¿Qué fuerza han de  
«tener estas para movernos á hacer penitencia por  
«nuestras culpas, y aplacar por este medio el rigor  
«de la Divina Justicia, tan justamente irritada contra  
«ellas?

8. «¿No tendrían más eficacia los ejemplos ver-  
«daderos de la Sagrada Escritura y de la historia ecle-  
«siástica, una y otra atestada de los horrendos casti-  
«gos temporales, con que Dios en todos tiempos  
«ha escarmentado los pecados de los hombres, sin  
«dejar el azote de la mano, hasta que se le diese  
«satisfacción por medio del dolor, de la enmienda y  
«de la penitencia? ¿Los diluvios, las inundaciones,  
«las guerras, las hambres, las pestes, las esterili-  
«dades, los terremotos, los volcanes y todos los de-  
«más movimientos extraños de la naturaleza, gober-  
«nados por el Supremo Autor de ella, han nacido  
«jamás de otro principio ni han tenido otro fin?

9. «¿Qué siglo de oro, ni qué siglo de estaño,  
«ni qué siglo de hierro, ni qué embustes de mis pe-  
«cados? No ha habido más siglo de oro, que la es-  
«trechísima duración del estado de la inocencia, re-  
«ducida según los más á pocos días, y según algunos  
«á pocos instantes. Entre la inocencia y la malicia no  
«hubo medio. Desde que comenzaron á multiplicar-  
«se los hombres, comenzaron á multiplicarse los

«pecados, de suerte que estos solamente fueron po-  
«cos, mientras fueron pocos los que podían pecar.  
«Y desde entonces comenzó Dios sus amorosos avi-  
«sos, castigando á unos para escarmentar á otros,  
«hasta que extendida la maldad, sin dejarse recon-  
«venir del escarmiento, fué también menester que  
«se extendiese el castigo.

10. «Si el tiempo que has perdido miserable-  
«mente en leer ficciones, le hubieras dedicado á  
«ojear, aunque no fuese más que de paso, la Sagra-  
«da Biblia, en ella encontrarías historias infalibles  
«en que fundar tu exhortación, sin el ridículo y  
«aún sacrilego recurso á patrañas fabulosas. Esteri-  
«lidad nacida de falta de agua, y de sobra de peca-  
«dos, encontrarías en Egipto en tiempo de Faraon y  
«de Joseph. Esterilidad procedida del mismo princi-  
«pio encontrarías en Israel en tiempo del profeta  
«Elías. Esterilidad originada de la misma causa, en-  
«contrarías en el reino de Judá, en tiempo de los  
«dos Joranes cuñados. Y si después de la Historia Sa-  
«grada, hubieras siquiera pasado los ojos por la Ecle-  
«siástica y por la profana, apenas hallarías siglo, que  
«no te ofreciese á docenas los ejemplares en diversos  
«reinos y provincias, con la circunstancia de que no  
«cesó el castigo, mientras no cesaron ó se disminu-  
«yeron los pecados. ¿Pues á qué fin el recurso á los  
«sueños, á las fábulas?

11. «No quiero decir, que el estudio ó la noticia  
«de estas sea inútil, y que no tenga su uso. Tienele  
«y muy loable, así para la inteligencia de los auto-  
«res gentiles, especialmente poetas, como para la  
«comprensión de la teología pagana, que todo es-

«taba reducida al sistema fabuloso. Pero en el púl-  
«pito no debe tener otro uso, que el de un altísimo  
«desprecio. Si tal vez se toca alguna, que fuera me-  
«jor no hacerlo, debe ser tan de paso, y con tanto  
«desden, que el auditorio conozca la burla que el  
«mismo predicador hace de ella. Es bueno que los  
«gentiles, como escribe Tertuliano, hacian tanta de  
«nuestros sagrados misterios, que solamente los  
«tomaban en boca en los teatros, para hacer irri-  
«sion de ellos; ¿y ha de haber predicadores cristia-  
«nos, que hagan tanto aprecio de sus fábulas, que  
«apénas se valgan de otros materiales en los púlpi-  
«tos, para engrandecer nuestros misterios, ó para  
«persuadir las verdades más terribles y más ciertas  
«de nuestra Religion? ¿Cómo se puede persuadir  
«con solidez una verdad por medio de una mentira?  
«¿Ni qué parentesco pueden tener los misterios de  
«Jesucristo con los embustes de Belial? *¿Quæ conven-  
«tio Christi ad Belial?*

12. «Pero supongamos que en la fábula se halle  
«algún remedo, como en muchas de ellas se halla  
«en realidad, de nuestras verdades ó de nuestros  
«misterios: ¿Qué fuerza añade á unas, ni qué es-  
«plendor aumenta á otros este ridículo remedo? Ade-  
«lanto más: quiero suponer, que la fábula tenga la  
«mayor semejanza imaginable con algunos de los  
«misterios, que creemos y adoramos; como por  
«ejemplo: el nacimiento de Minerva, diosa de la sa-  
«biduría, que se fingió haber nacido del cérebro de  
«Júpiter, con la generacion del Verbo, que es sa-  
«biduría eterna, que fué engendrado desde la eter-  
«nidad de la mente del Padre. ¿Y qué sacamos de

«eso? Se nos hace más creible ó más respetable esta  
«verdad, porque encontremos un borron, ó una obs-  
«curísima sombra suya en aquella disparatada men-  
«tira?

13. «Ya sabemos todos, que el demonio, á quien  
«llama no sé qué Santo Padre perniciosísima mona,  
«para confundir más los misterios de la fé, ó para  
«hacerlos ridiculos, introdujo algunos rasgos, ó co-  
«mo algunos vislumbres de ellos en las supersticio-  
«nes paganas; pero tan envueltos entre estas, y tan  
«mezclados de hediondeces, despropósitos y extra-  
«vagancias, que se conoce el diabólico artificio con  
«que tiró á obscurecerlos, ó á hacerlos enteramente  
«risibles. ¡Y es posible, que lo que el diablo inventó  
«para burlarse de lo que creemos y de lo que el  
«mismo cree con fé tan experimental, ha de servir  
«para que nosotros lo apoyemos!

14. «Pero si el valerse de fábulas en el púlpi-  
«to para persuadir nuestras verdades, siempre es cosa  
«intolerable, y en cierta manera especie de sacrile-  
«gio, lo es mucho más cuando se predica á gente  
«vulgar y sencilla. El auditorio discreto da á la fá-  
«bula el valor que se merece, recibela por su justo  
«precio, y, en fin, sabe que la fábula es mentira.  
«Respecto de él, no hay más inconveniente, que  
«mezclar lo sagrado con lo profano, y lo fabuloso  
«con lo verdadero. Sobrada monstruosidad es esta  
«mezcla, pues hasta en los pintores y los poetas,  
«cuyas licencias son tan amplias, la calificó de in-  
«tolerable el mejor de los satíricos:

*Sed non ut placidis coeant immitia, non ut  
Serpentes avibus gementur, tigribus agni.*

« Mas cuando se predica á un concurso compuesto  
 « por la mayor parte de gente del campo, inculta y  
 « sin letras, hay el gravísimo inconveniente, de que  
 « entienda la fábula por historia, la ficcion por reali-  
 « dad, y por verdad la mentira. Digalo sino el testa-  
 « mento de aquella vieja, que por haber oido á su  
 « cura en los sermones que hacia á sus feligreses  
 « hablar muchas veces del dios Apolo, dejó en él este  
 « legado: *Item, mando mis dos gallinas y el gallo al*  
 « *bendito señor San Pollo, por la mucha devocion*  
 « *que le tengo, desde que oí predicar tanto de él al se-*  
 « *ñor cura.* ¿Parécete que será imposible, que entre  
 « tantos pobres hombres, de que se compone la co-  
 « fradía de la Cruz, á la cual has platicado, no haya  
 « algunos y aún muchos, que vayan persuadidos á  
 « que Ceres, Júpiter Amon, Baco y los demás ave-  
 « chuchos que citaste, son unos grandes santos, y  
 « los tengan por especiales abogados de la lluvia?

15. « ¿Y qué te diré de aquel tejido de dislates,  
 « tomado de la Mitología Americana, en que pareció  
 « consistia lo fuerte de tu plática, según te inculcaste  
 « en ello, y según el esponjamiento y la satisfaccion  
 « con que lo representaste? No creí, ni aún que tú  
 « fueses capaz de desvarrar tanto, y mira, que esta  
 « es una grande ponderacion. ¿Quién diantres te de-  
 « paró aquellas noticias, ni cómo tuviste la poca for-  
 « tuna de tropezar con ellas para hacerte más ridí-  
 « culo? Cierto que tienes singular talento de dar con  
 « lo peor de los libros, y gracia conocida para apro-  
 « vecharte de ello. Valga la verdad: tú quisiste hacer  
 « ostentacion de tu memoria y de tu feliz pronuncia-  
 « cion, quedándote con aquellos nombres bárbaros,

« exóticos y estafalarios de *Tlalóc, Tozoztli, Huey-*  
 « *tozotli, Maqueys, Xucilles, Chivalticue y Citeolt,*  
 « pareciéndote que esto era una gran cosa, y que de-  
 « jabas aturdido al auditorio. Con efecto, así fué, por-  
 « que aquella pobre gente no distingue de colores, y  
 « la basta no entender lo que se dice para admirarlo.

16. « Pero no me dirás, ¿qué gracia ó qué chis-  
 « te tiene eso? La memoria local y material suele ser  
 « prenda muy comun de los más rudos. Y en fé de  
 « que yo lo soy, la poseo tan feliz, aún siendo un po-  
 « bre viejo, que á la primera vez que oí esos nom-  
 « bres, me quedé con ellos como lo acabas de ver.  
 « ¿Pues qué mucho los hubieses aprendido tú, á cos-  
 « ta quizá de un improbo trabajo?

17. « No quiero decirte nada del estilo pueril,  
 « atolondrado, necio y pedantesco, porque es perder  
 « la obra y el aceite. Fray Blas y ese maldito Florilo-  
 « gio, que debiera quemarse en una hoguera, te tie-  
 « nen infatuado el gusto y todo conocimiento de lo  
 « que es el idioma castellano puro, castizo y verda-  
 « dero. El que usas en el púlpito ni es romance, ni es  
 « latin, ni es griego, ni es hebreo, ni sé lo que en suma  
 « es. Dime, pecador, ¿por qué no predicas como ha-  
 « blas?

18. « ¿Qué quiere decir, *aurifera edad, trámite*  
 « *no interrupto, letílica culpa, borron nigricante,*  
 « *candidez primeva, paralogizar la correccion, espon-*  
 « *tanear las fruges, madido colono,* y toda la demás  
 « retaila de nombres y verbos latinizados, con que  
 « empedraste tu plática, que la entenderian los co-  
 « frades, como si los hubieras platicado en siriaco ó  
 « en armenio? ¿No conoces, desdichado de tí, que

« esa es una pedantería, que solamente la gastan los  
 « ignorantes, y aquellos pobres hombres, que ni si-  
 « quiera saben la lengua en que se criaron? No me-  
 « recias, que al acabar la plática, en lugar de los ví-  
 « tores con que te aclamaron los simples, te hubie-  
 « sen aplicado éste otro vitor, que te venia tan de  
 « molde como al padre Fray Crispin, que sin duda  
 « debió de ser el Fray Gerundio de su tiempo:

*Vitor el Padre Crispin,  
 De los cultos culto Sol,  
 Que habló español en latin,  
 Y latin en español.*

19. « De propósito he querido decirte lo que  
 « siento á presencia de todos estos mozos, y para ese  
 « fin los hice detener; porque sobre estar ya cansado  
 « de hacerte algunas advertencias privadas, y haber  
 « visto, con grande dolor mio, que son inútiles mis  
 « correcciones particulares, hice juicio que debia  
 « hablarte ya más en público, para que no tras-  
 « cendiese á ellos tu mal ejemplo. Mis años y mis  
 « canas me dan licencia para esto, y la parte que  
 « tuve en que se te dedicase á esta carrera, que tanto  
 « apetecias, me obliga en cierta manera á dar esta  
 « satisfaccion, porque nunca se piense apruebo lo  
 « que abomino.

20. « Ni creas que solo yo soy de este dictámen;  
 « pues en ese caso se podia atribuir á la mala con-  
 « dicion, que regularmente se achaca á los de mi  
 « edad, aunque por la misericordia de Dios la mia  
 « no está reputada por la peor. Acompáñame en él  
 « todos los padres graves de la comunidad; esto es,

« los únicos que tienen voto en la materia. Todos  
 « se lastiman igualmente que yo del malogro de tus  
 « prendas, y en la sequedad y seriedad con que se  
 « presentaron á darte la enhorabuena, pudiste cono-  
 « cer lo mucho que los habia desazonado tu plática.  
 « Sino todos te hablan con la claridad que yo, será,  
 « ó porque no todos te estiman tanto, ó porque no  
 « concurren en ellos las particulares circunstancias,  
 « que concurren en mí para no lisonjearle, ó porque  
 « en las comunidades tiene grandes inconvenientes  
 « el oficio de desengañador, tanto, que hasta los pre-  
 « lados necesitan ejercitarle con mucho tiento, no  
 « obstante que su empleo les precisa á practicarle.  
 « Yo atropello por todo, pensando ménos en mí cuanto  
 « tú puedas pensar, otros discurrir y muchos mur-  
 « murar, que el deseo de tu estimacion, el bien de  
 « las almas, el decoro del púlpito y el crédito de la  
 « orden.»

21. Y al decir esto, se levantó de la silla, tomó  
 la puerta, se salió de la celda, y se fué á la suya.  
 Fray Gerundio quedó pensativo, los colegiales por  
 un largo rato silenciosos, y los legos mirando á éstos  
 y á aquel. Unos escupian, otros gargajeaban, algu-  
 nos se sonaban las narices, y ninguno se atrevia á  
 hablar palabra. Hasta que un colegial, teólogo del  
 cuarto año (como lo dejó notado un autor curioso,  
 indagador y menudo), el cual era alegrete, vivara-  
 cho, intrépido y decidor, rompió el silencio diciendo:  
*¿Quién va tras el viejo con bizcochos y vino y á ha-  
 cerle mudar camisa, porque el sermón ha estado largo,  
 patético, moral y fervoroso?* Riéronse todos, ménos  
 Fray Gerundio, que aún se mantenía suspenso, cabiz-  
 bajo y como medio corrido.

22. Pero presto le consoló el teologuillo; porque llegándose a él, y dándole dos palmadas sobre los hombros, le dijo: ola, Fray Gerundio, *sursum corda*; ¿pues qué haces caso de las misiones de nuestros padres matusalenes? ¿no vés, hombre, que tienen ya el busto con más cazcarrias y lagañas, que ojos de aprendiz de bruja? ¿qué saben ellos cómo se ha de predicar, si ya casi se les ha olvidado como se ha de vivir? Todo lo que no les huele á antaño, los ofende, y ellos nos apestan á los demás con sus antañadas. Ellos conocieron al mundo así, y dádole ha, que se ha de mantener el mundo como ellos le conocieron, sin hacerse cargo de que la bola da vueltas, que por eso es bola. Como ya no pueden lucir, rabian cuando otros lo lucen, á manera de aquellos árboles secos de puro carcuezos, que en tiempo de primavera, al llenarse los otros de flores y de verdes hojas, ellos parece que se secan más de pura envidia.

23. Hablan de los sermones, como de las modas y de los bailes. Un corbatin los espirita, por cuanto ocupa el lugar, que debiera ocupar una balona, y no pueden mirar sin furor unos calzones ajustados, acordándose de sus zaragüelles. La mariona, la pabana y las folías valen para ellos más que todos los paspieses del mundo, y todos los valencianos juntos los darán gana de vomitar, en comparacion de un zapateado. Ni más ni ménos en los sermones: erudicion, mitología, elevacion de estilo, cadencia armoniosa, pinturas, descripciones, chistes, gracia, todo los provoca á vómito; y es, que tienen el estómago del gusto tan destituido de calor, como el del

cuerpo: nada pueden digerir sino que sean papas, puches, picadillos, y á lo sumo carnero y vaca cocida.

24. Hay cosa como querernos persuadir, que las fábulas no se hicieron para el púlpito; pues ¿para donde se hicieron? ¿para los estrados y para los locutorios de monjas? ¿puede haber gracia mayor ni mayor ingenio, que probar una verdad con una mentira, y calificar un misterio infalible con una ficcion? Aquello de *salutem ex inimicis nostris*, no es del Espiritu Santo. Y lo otro de *contraria contrariis curantur*, no es del divino Hipócrates; y lo de más allá de *opposita juxta se posita magis elucescunt*, no es del profundo Aristóteles; ¿cuándo está mejor ponderada la virtud del Sacramento del Bautismo, y la del agua bendita, que poniéndola al lado de la que fingian á las aguas lustrales, con que se purificaban los gentiles para disponerse á los sacrificios? *Lustravitque viros*, que dice el incomparable Virgilio. ¿Ni como es posible explicar con gracia, la que tiene el sacramento del matrimonio, sin hacer una bella descripcion del dios Himeneo, presidente de las bodas, ó el dios casamentero, jóven bizarro, de estatura heroica, blanco y rojo, como un aleman, pelo blondo, su hacha encendida en la mano, y coronado de rosas? y para ponderar la fineza de Cristo en el sacramento de la Eucaristía, ¿se ha encontrado hasta ahora razon más convincente, ni se ha inventado en el mundo pensamiento más delicado, que el de aquella fabulilla de Cupido, cuando para rendir á cierto corazon un poco duro, después de haber apurado inútilmente todas las flechas del aljava, él se flechó

en el arco, y él se disparó á sí mismo, con lo cual quedó el susodicho corazón blando y derretido como una manteca?

25. Dice el padre maestro, que usar de fábulas en el púlpito, es de ignorantes y de pobres hombres. Eso sería allá cuando su Paternidad nació, y se usaba el baile de las paraletas, pero hoy que está el mundo más cultivado, es otra cosa. Yo tengo en mi celda varios sermones impresos de un famoso predicador de estos tiempos, que asombró en Aragon, aturdió en Navarra, y atolondró en Madrid, tanto, que se ponian soldados á las puertas de los templos donde predicaba, para evitar la confusion y el desorden en el tropel de los concursos: y este tal predicador, á quien no negará el padre maestro, ni hombre mortal se lo ha negado, que es ingenio conocido, apenas predicaba sermón, cuyas pruebas no se redujesen á encajonar una fábula entre un lugar de la Sagrada Escritura; y en verdad, en verdad, que no perdió casamiento y que no como quiera le aplaudieron los vulgares, sino tambien muchos hombres que tenían señoría.

26. Entre otros me acuerdo de cierto sermón, que predicó en la profesion de dos ciertas señoras muy distinguidas, y luego se dió á la prensa como cosa grande, en el cual, porque el hábito de la orden es de color negro, las comparó con grandísima propiedad á la diosa Vesta, que sobre la fé y palabra de Cartario, vestia tambien de este mismo color: *Factum est ut nigra appellaretur propter vestem nigram*. Después dijo, y dijo muy bien, que Minerva habia sido la primera fundadora de la enseñanza de las niñas, citando unas palabras del mismo Cartario, que aunque

solo prueban que Minerva fué la inventora de las labores mugeriles, hilar, coser, devanar, etc., porque Cartario no dice más, pero harto dice, para que creamos que tambien se las enseñaria á otras, pues el que estas fuesen niñas ó fuesen ya mujeres casaderas y aún casadas, no hace para el intento, y siempre se verifica haber sido la fundadora de la enseñanza, que es la substancia del negocio.

27. Finalmente, más allá trae una comparacion gallarda, para probar cuanto se enamora Dios de las almas religiosas que viven en clausura; pues cita con la mayor oportunidad del mundo la fábula de Danae, hija de Arerisio, rey de los argivos, á la cual, siendo doncellita, encerró su padre en una torre, donde no pudiese tener comunicacion alguna con los hombres, para que no se verificase el fatal pronóstico del oráculo, que le intimó habia de morir á manos de un nieto suyo. Pero Júpiter se la pegó al astuto viejo; porque enamorado de la señorita, se transformó en lluvia de oro, se caló en la torre, y la doncella parió á su tiempo á Perséo, que yendo dias y viniendo dias, finalmente vino á cumplirse el fatídico oráculo, quitando la vida á su abuelo. Y no hay que reparar en que la lluvia se introdujese por la torre; porque podian estar abiertas las ventanas, ó aunque fuese torre de un rey, no hay repugnancia en que tuviese algunas goteras.

28. ¿Quién creyera, que una fábula, al parecer tan súcia, pudiese jamás servir de prueba para una cosa tan limpia como es el especial amor que profesa Dios á las almas castas que viven en clausura? Pues aquí está el ingenio: nuestro sutilísimo orador la aplicó con la mayor delicadeza y con la mayor energía: *En*



*Danae*, dice, *contemplo una alma retirada, que vota permanencia en la clausura: En Júpiter, transformado en lluvia de oro, á Cristo, que baja como lluvia y pan del Cielo:* y luego al márgen un par de textecitos literales; para la palabra *Pan*: *Panis de Cælo descendens*; para la palabra *lluvia*: *Et nubes pluunt justum*; ¿puede haber cosa más bien dicha? ¿ni pudiera imaginarse invencion más propia ni más feliz? Porque ahora que *Danae* no fuese la doncella más casta ni más recatada del mundo, como lo acreditó el efecto; y que *Júpiter* fuese un Dios bellaco y estrupador, ese es chico pleito. Ello hay virgen, hay clausura, hay un dios que visita á la doncella, sea por lo que se fuere, que eso no nos toca á nosotros averiguarlo; ¿pues qué más se ha de menester para probar que Cristo profesa una ternura especial á las vírgenes encerradas, y para *contemplarlas* á estas *danaes*, y *Júpiter* á aquel? Que es sin duda una contemplacion, sobre ingeniosa, devota y pia.

29. Así, pues, amigo Fray Gerundio, ríete de las vejeces de nuestro padre maestro, déjale que gruñe, creme, que los viejos por lo comun se disgustan de todo lo que ellos no saben hacer, y que á los más se les puede aplicar con la variacion de una sola palabra, aquello de... *Nam quæ non fecimus ipsi... Vix ea recta voco*. Y tú prosigue predicando como has comenzado, que si continuas así, llegarás sin duda á ser la honra de tu pátria, el crédito de la orden, el oráculo de los pueblos, y, en fin, el hombre del mundo.

30. No se puede ponderar el aplauso con que fué recibida en toda aquella juvenil mosquetería la arenga del colegialillo barbi-poniente y bullicioso. Después

de haberle vitoreado casi tanto como los cofrades de la Cruz habian vitoreado la plática de disciplinantes, repitieron los plácemes y las enhorabuenas á Fray Gerundio, aún con mayor algazara que ántes, exhortándole todos á que siguiese el milagroso rumbo de predicar, á que habia dado tan dichoso principio, y pidiéndole los más que les diese el papel de la plática para sacar muchos traslados. Con esto, no solo respiró nuestro abochornado Fray Gerundio, sino que se esponjó, se empabonó, se encaramó, se llenó de vanidad, y quedó tan persuadido á que el modo de predicar era aquel, y á que cualquiera otro modo era una pobretería, que ya no le sacarian de su error frailes descalzos. Pero lo que le acabó de rematar fué un soneto en elogio suyo que salió el dia siguiente, y decia así:

Al incomparable

## FRAY GERUNDIO ZOTES

ALIAS, DE CAMPAZAS.

### SONETO.

No hay otro FR. GERUNDIO ni le ha habido ;  
 Hará inmortal el nombre de Campazas ;  
 En casas, en conventos, calles, plazas,  
 Vá dos cuartos que mete mucho ruido :  
 No nos cite el francés envanecido  
 A Fleury, á Burdaluë, ni á otros mazas ;  
 ¿Qué Señeri? ¿qué Oliva ó Calabazas?  
 ¿Ni qué Vieyra, portugués erguido?  
 ¿Demóstenes, y Tulio? Dos zoquetes ;  
 ¿Los demás oradores? Mil orates,  
 Por no llamarlos pobres monigotes :  
 Solo Fray Blas, con otros mozalvetes,  
 Sino le exceden, le hacen sus empates ;  
 Por lo demás es gloria de los ZOTES.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## LIBRO CUARTO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

EN DONDE SE PONDERA LO QUE VA SALIENDO Y VERÁ EL  
 CURIOSO LECTOR.

PUES como íbamos diciendo de nuestro cuento, yendo y viniendo dias, el bendito entre todos los benditos de Fray Gerundio, quedó tan satisfecho de su trabajo con la arenga panegírica y apologética á favor de su plática de disciplinantes, que le hizo el susodicho teologuillo, con los aplausos de la escuela moza, y con la gritería de la lega, que por poco no tuvo al maestro Fray Prudencio por hombre que habia perdido el seso. Pero á lo ménos pareciéndole que le hacia mucha merced, hizo juicio firme y verdadero de que ya estaba algo chocho, y propuso en su corazon no hacer caso de nada que le dijese. Y se adelanta un autor á sospechar, que hizo propósito oculto de huir el cuerpo al viejo todo cuanto le fuese posible; bien que eso no lo asegura como noticia